

Las culturas del futuro, un debate sobre los retos de los museos e instituciones culturales

*Mathieu Potte-Bonneville,
Bernd Scherer y Judit Carrera*



De izquierda a derecha: Bernd Scherer, Mathieu Potte-Bonneville, y Judit Carrera.

Los responsables de tres centros culturales europeos: Mathieu Potte-Bonneville, Centre Pompidou de París, Bernd Scherer, HKW (Casa de las Culturas del Mundo) de Berlín y Judit Carrera, CCCB (Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona), se encontraron el pasado 10 de marzo en el CCCB¹ para reflexionar sobre los principales retos que afrontan hoy la cultura y las artes, y la urgencia de transformar las instituciones culturales y los museos para hacerlos más permeables y abiertos en un momento en el que los

principios mismos de la democracia están en disputa en Europa. El debate estuvo moderado y conducido por el periodista cultural Alex Vicente.

La guerra de Ucrania y las instituciones culturales

¿Como debe posicionarse un museo o institución cultural frente a la situación bélica en Ucrania?

BS: El conflicto en Ucrania plantea aspectos prácticos y otros conceptuales. En términos prácticos, nuestro deber es ayudar a los ucranianos. Desde el HKW, hemos tomado una posición clara: esta guerra es injusta y las instituciones culturales debemos expresar y realizar

¹ Acceder al vídeo del debate en el siguiente enlace: <https://www.cccb.org/es/actividades/ficha/las-culturas-del-futuro/238550>

acciones de apoyo a las personas de Ucrania. Concretamente, acogemos a miles de personas que llegan cada día a la estación, puesto que está a 500 metros de nuestra institución. Aunque solo sean unas horas, estas personas tienen necesidad de un espacio donde descansar antes de dirigirse a los alojamientos que les son asignados, puesto que padecen un estrés severo. Es muy importante que las instituciones culturales provean ayuda en esta situación.

Hay otra dimensión del conflicto que es muy importante para las instituciones como el HKV, la solidaridad. Tenemos que ser una institución 100 % solidaria, que exprese y practique la solidaridad al mismo tiempo. Observamos en la frontera entre Ucrania y Polonia o en Alemania una discriminación: a las personas de Ucrania no se les pide visado en cambio a las personas de color procedentes también de Ucrania se les pide visado, a pesar de que están en las mismas condiciones. Las instituciones culturales deben valorar la situación en Ucrania en el contexto global vinculada a otros conflictos mundiales como los de Siria y África, y recordarnos cuán importante es la solidaridad para esta gente. La institución cultural tiene que detectar lo que pasa.

Es muy importante el rol de la cultura y el arte en la situación que vivimos actualmente, respecto a los artistas, hay dos tipos de artistas. Existen aquellos artistas que cogen las armas y van a luchar directamente y nos piden que los apoyemos como soldados. Pero también nos hemos encontrado con artistas que dicen que es importante mantenerse en contacto con personas de fuera, con instituciones y poder tener un espacio para reflexionar sobre la situación. Para muchos artistas e intelectuales en Ucra-

nia es muy importante que estemos en contacto con ellos como hacemos desde el HKW, muchos de ellos quieren seguir trabajando en sus proyectos artísticos, no quieren que su situación se defina completamente por la guerra. Hay que subrayar que de esta manera ejercen su resistencia a los poderes.

MPT: Los museos y espacios de arte en Europa hoy se reencuentran con una experiencia común de impotencia. ¿Qué puede hacer el arte frente a los dramas de la existencia? Esta impotencia del arte frente al conflicto tiene su eco en la impotencia general de los mismos países europeos. Es imposible para un museo no intervenir manifestando su solidaridad, pero no puede conformarse en mostrar su solidaridad. La exigencia contemporánea nos exige no contentarnos con decir que somos solidarios.

En el Centro Pompidou hemos organizado diferentes actos culturales (proyecciones, encuentros...). Por ejemplo, el cineasta Sergei Loznitsa, que es una de las grandes voces de protesta y muy vehemente respecto a la actitud de los países europeos en este conflicto frente a la agresión rusa, estará en el Centro Pompidou. También hemos acogido una asamblea que fue una iniciativa de tres colectivos artísticos: "Initiative for Practices and Visions of Radical Care", "Beyond the post-soviet" y "La maison de l'ours", que vinieron a vernos y que nos propusieron hacer una asamblea. No querían hacer otro debate con expertos, les interesaba dar a conocer testigos del conflicto. Creamos espacio para escuchar a artistas presentes en el centro o a distancia desde Ucrania, así como vídeos, que testimoniaban sobre la situación en ese momento. Lo que me tocó profundamente fue la fuerza especial que tenían las intervenciones de los artistas, y

no porque fueran artistas, porque toda la población está expuesta al conflicto. Era muy impactante oír artistas hablar de otra cosa que no fuera arte. El primero que habló estaba refugiado en su galería que había convertido en refugio antibombas, el último explicó lo que contenía la mochila que preparó para resistir a los ataques aéreos. Nos hablaban como artistas que reconocían que en ciertas situaciones el arte ya no sirve, que hay que hacer otras cosas: protegerse, huir, tomar las armas... La fuerza de su testimonio muestra la imposibilidad de vivir que significa esta guerra.

JC: El CCCB trabaja a favor de una sociedad abierta, que defiende los derechos más básicos sobre los cuales se sustenta el sistema democrático. Cuando este sistema es atacado por una invasión como la de Ucrania, debemos posicionarnos porque si no nuestro trabajo no tiene sentido. Para nosotros la cultura está ligada a la libertad de expresión y de creación. Cuando nuestros colegas europeos o de fuera de Europa están amenazados, la expresión de la solidaridad y el trabajo de fondo que hacemos sobre los principios de la sociedad abierta es más importante que nunca. Si queremos ser relevantes en el futuro y tener un rol en la sociedad, tenemos que estar atravesados por los conflictos que nos rodean, los que están directamente vinculados a nuestra realidad más local y a la más lejana. A pesar de que Ucrania nos queda mucho más lejos que a Berlín, se trata de una crisis muy profunda del continente europeo y nos sentimos directamente concernidos por esta.

En el CCCB organizamos un acto muy emotivo e impactante para ayudar a conocer las causas de una guerra, cuya dimensión nadie previó, luego hicimos una segunda parte más vinculada al mundo

literario y musical, así como escuchamos los testimonios de las comunidades ucranianas, rusas y bielorrusas locales para darles voz.

Esta guerra tiene mucho que ver con la propaganda, de hecho, la desinformación, es un mal que atraviesa todas las democracias occidentales. Parte del rol del CCCB es promover un debate público de calidad de la mano del buen periodismo, esto es un trabajo de fondo que estamos haciendo y al que daremos continuidad.

¿Las instituciones culturales tienen que mantener la neutralidad que, a veces, se les exige o mantener una actitud abiertamente política?

BS: Berlín después de 1945 era una ciudad muy especial, con su parte este y su parte oeste, tenía un contexto muy politizado. Cuando pienso en si tenemos que ser muy políticos me pregunto cómo se definió el concepto de arte moderno en la Guerra Fría y qué rol jugaron las instituciones. Una institución crucial fue el Congreso de la Libertad Cultural, que reunió muchos artistas e intelectuales europeos, que no sabían que estaba financiado al 100 % por la CIA, y que fue instrumentalizado durante ese periodo. Fue un mecanismo de propaganda centrado en la expresión de libertad que escondía muchas estrategias. Cuando se dan estas estrategias políticas, y considerando que el valor principal es la libertad, para los artistas e intelectuales es difícil posicionarse.

JC: Existe un debate abierto entre los grandes equipamientos culturales europeos y del resto del mundo en torno a posicionarse y dejarse impactar por los conflictos que nos rodean a todos los niveles. Estamos en un momento muy crucial de la historia de la humanidad.



De izquierda a derecha: Alex Vicente, moderador, Mathieu Potte-Bonneville y Judit Carrera. En la pantalla, Bernd Scherer que participó por videoconferencia desde un hotel de Barcelona al estar afectado por COVID-19.

Existe la cuestión del antropoceno y del cambio climático que está poniendo en cuestión la supervivencia de la especie humana en la tierra. Hay una guerra que está suponiendo el nacimiento de un nuevo orden mundial que altera absolutamente el mundo que había nacido de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial. En los museos hay un debate de base que fundamenta hasta donde podemos llegar a posicionarnos sobre estas cuestiones. Hay una cierta politización, que entendemos en el buen sentido del término, desde la cual no somos un agente neutro e impermeable a lo que pasa en el mundo. Si queremos tener alguna función o misión como institución cultural socialmente útil, debemos dar claves para interpretar lo que pasa en el mundo.

MPB: El debate sobre los espacios de arte después de la Segunda Guerra Mundial estaba vinculado con, por un lado, el pensamiento sobre la posibilidad de reconstruir una cultura y una sociedad común y, por el otro, la reflexión sobre la

ilegitimidad de reconstruir preconizada por Adorno. Hoy la cuestión es diferente, porque nuestra pregunta no es como reconstruir o si es ilegítimo. Nuestra pregunta hoy se encamina más bien a otra idea de reconstrucción: ¿Es mejor vivir en un mundo estropeado o evitar que todo se colapse? Todo este paradigma de la construcción/reconstrucción de la cultura que era el de la posguerra me parece profundamente cambiado. Por lo tanto, un espacio de cultura ya no tiene como misión construir, hace otra cosa sobre la que tenemos que reflexionar.

La subversión del relato hegemónico en las instituciones culturales

Bajo este epígrafe el debate abordó los siguientes temas: de la irrupción de la crisis climática al debate poscolonial, pasando por la cuestión del género y la representación de las minorías

JC: Los museos y espacios culturales son espacios de representación, de

creación de imaginario, de creación de la historia y del presente, espacios de construcción del relato colectivo. Si queremos que interpelen el presente no podemos vivir en un relato congelado en el pasado. Es importante la revisión del relato hegemónico en las colecciones de los museos, que se ha ido traspasando de generación en generación, sin una mirada crítica. Es un debate que va en favor de esta apertura de los museos, creo que el hecho que sea un espejo de los conflictos que hay públicamente es muy importante. Cuando el CCCB nació solo había un 2 % de la población de Barcelona nacida en el extranjero, actualmente, 28 años más tarde, representa el 30 % de la población, lo que significa un cambio radical de nuestra demografía, de nuestra ciudad, que se ha convertido en una ciudad mucho más plural y diversa. ¿Hasta qué punto los museos e instituciones culturales de Barcelona tienen la obligación de reflejar esta diversidad de la ciudad?

El CCCB no tiene una colección colonial, pero sí que la mayor diversidad de nuestra sociedad nos habla de un pasado compartido. Esta mirada poscolonial de una Europa mucho más diversa y más compleja tenemos que reflejarla en nuestras programaciones cotidianas, si los museos queremos ser este espacio de debate vivo.

BS: En el caso de Alemania, mucha gente y también los intelectuales hace 15 años no consideraban que Alemania fuera un poder colonial y esto tiene un impacto en el debate que puede producirse. En los últimos años mucha gente de las antiguas colonias europeas ha venido a Alemania, Berlín. La cuestión es como Alemania se define. Hasta finales de los 90 la principal referencia de los críticos era el Holocausto y la Shoah. Ahora estamos en una nueva situación, muchos artistas e intelectuales

que no vienen de Europa y que están en Alemania están empezando a redefinir lo que es Europa y el orden mundial. El mayor problema es que las instituciones clásicas, esto incluye periodistas, historiadores del arte..., han sido educados en diferentes parámetros y, actualmente, se dan cuenta de que no disponen de las herramientas para afrontar estos cambios, creando grandes resistencias. Un buen ejemplo actual de esto en Alemania es la Documenta 15 de Kassel. Esta fue atacada acusada de antisemita porque muchos de los artistas que participarán en ella dan apoyo a Palestina. Este ataque contra el antisemitismo está conectado a un ataque contra un nuevo concepto de arte. De hecho, un gran número de artículos han señalado que en la nueva Documenta hay muchos colectivos y no solo artistas individuales, como figura artística que ha definido en el último medio siglo la Documenta. Vemos como estas transformaciones políticas, sociales, económicas están entrelazadas con el arte conceptual. Es responsabilidad de las instituciones artísticas abordar estos temas y contribuir al debate, practicando la solidaridad con los que sufrieron el colonialismo durante 300 años.

El concepto clásico de la modernidad está en crisis, es obsoleto. Una estrategia muy importante es el rol de los archivos. Hay que releer el presente para conceptualizar el futuro. Necesitamos nuevas formas de archivo, por un lado, y releer los archivos antiguos, por otro. Por ejemplo, durante cinco años hemos elaborado un archivo de refugiados para mostrar a las audiencias que Alemania es más multicultural y diversa de lo que pensamos. Queremos tener un archivo puesto que este representa evidencias materiales, que permitan cambiar las ideas después de la

Segunda Guerra Mundial. En el archivo, tenemos testimonios de refugiados que llegaron a Alemania entre 1945 y 1960, que nos muestran la transformación de la sociedad alemana. Uno de los objetivos de las instituciones culturales es proporcionar los medios para reflexionar sobre el presente, pero también sobre el futuro a partir de nuevas formas.

MPB: Quiero citar una de las artistas que intervino en la asamblea del Centro Pompidou en directo desde su apartamento en Ucrania, su testimonio era conmovedor. Ella comentaba: “No estoy segura de sobrevivir en los próximos días. Y me tengo que preguntar ¿Qué es lo más importante que hay que hacer en este momento? Lo que tenéis que hacer es descolonizar el arte. Preguntaros si Malévich era ruso. En realidad, era ucraniano”. Era impactante porque aplicaba esta noción de descolonización de las artes a la situación postsoviética y a la lectura del conflicto actual, considerando, a grandes rasgos, que había que hacer una relectura de las colecciones de los museos europeos para subrayar que las colecciones rusas no son exclusivamente rusas. Me interesa esta puntualización puesto que, en estos últimos días, hemos oído en el debate público que habría un regreso a un orden de prioridades antiguo, un regreso de lo trágico, como si hubiéramos terminado temporalmente con los temas de los cuales se ocupan los intelectuales, cuestiones como el colonialismo y el género, y tuviéramos que ocuparnos de los temas serios la geopolítica, las relaciones de poder, el gran juego europeo. Esta artista decía lo contrario, las categorías que nos sirven para analizar el colonialismo son completamente operativas para pensar en el conflicto actual. Es interesante

este vínculo entre cuestiones que pueden parecerse lejanas y los retos urgentes.

El debate suele girar en Francia en torno a descolgar los cuadros que queremos sacar de la vista, las estatuas... Se acusa a los espacios de arte y de cultura de practicar una cierta forma de censura, sustrayendo un cierto número de elementos y privando al público de su visión. Por el contrario, lo que hemos descubierto en los últimos años gracias a los nuevos elementos incorporados a los museos es toda una serie de obras, de artistas, de cuestiones, de referentes históricos que faltaban para una buena comprensión histórica, ampliándose las cuestiones a tratar por los historiadores. Cuando las curadoras de la exposición “elles@centrepompidou” colgaron cuadros de artistas mujeres o cuando Christine Macel propuso la exposición “El arte abstracto en femenino” en el Centro Pompidou vimos aparecer en la superficie de la cultura nuevos rostros y nuevas voces. Desde este punto de vista, los museos tienen un rol no solo de legitimación e interpelación sino de descubrimiento y de generación de conocimiento. En este sentido, confiar la Documenta 15 al colectivo indonesio Ruanrupa es ampliar literalmente el mapa del arte y descubrir nuevos territorios. En estos movimientos, donde muchos ven censura, yo veo ampliación.

Libertad de cátedra

¿Hasta qué punto tienen libertad de cátedra los museos e instituciones culturales?

MPB: El enfrentamiento de las visiones del mundo en la posguerra se articulaba sobre la libertad. ¿Qué es la libertad? Hoy, el concepto de libertad se ha convertido en un problema. Si habéis leído el último libro de Maggie Nelson, *Sobre la liber-*

tad, la autora sugiere que el concepto ha envejecido mucho desde que los neoconservadores se inventaron las *freedom fries* para dar apoyo a la guerra en Irak. La libertad como irresponsabilidad radical ya no es de recibo, en un mundo en que las diferentes catástrofes que estamos experimentando están vinculadas a una cierta forma de irresponsabilidad. En este contexto, los museos y espacios de arte que han encarnado esta libertad radical deben sentirse interpelados como espacios de libertad absoluta de los artistas ¿Cómo pueden rendir cuentas sobre lo que hacen o a quien invitan? La sensibilidad de la sociedad respecto a estos museos tiene que ver con este cuestionamiento de la libertad. Esto plantea un problema, puesto que la libertad también significa la libertad de experimentar y tomar riesgos, y los museos deben ser un espacio donde se pueden tomar riesgos. La tensión hoy se encuentra en este lugar entre la forma de responsabilidad que los espacios de arte deben encarnar en su programación y su capacidad para ser espacios de experimentación radical.

JC: La libertad de la cultura no tendría que tener límites, el único límite es entender en qué contexto nos situamos. Tenemos esta función de representación de ser el espejo de los conflictos que nos atraviesan, de la sociedad que representamos, del tejido de creadores que nos rodean. Tenemos que ser escaparate de la creatividad y de la vitalidad de los espacios donde estamos, y al mismo tiempo tenemos que potenciar al máximo el horizonte de posibilidades e imaginar nuevos futuros posibles. En este momento en que estamos frente a una guerra que pretende santificar un pasado imperial, hay un vínculo entre esta guerra y el pasado colonial pues se habla de la

recuperación del imperio soviético, las categorías siguen siendo útiles. Nuestra función es ofrecer una mirada de esperanza frente a este futuro negro.

Las libertades dependen de cada contexto, de cada institución, pero la libertad absoluta evidentemente no existe, pero tenemos que preocuparnos por tener una libertad de programación cuanto más amplia posible, sabiendo que existen algunas limitaciones que nos impone el debate público del cual formamos parte. Por ejemplo, en el CCCB no podemos decidir en este momento no hablar de Ucrania, es una limitación del contexto que nos limita esta libertad absoluta que teóricamente tenemos.

BS: El concepto de libertad después de 1945 estaba muy politizado, muy idealizado, aún hoy es así. En relación al papel de las instituciones, en un momento de transición como el actual, donde los marcos, cánones y disciplinas antiguos ya no son válidos, necesitamos crear nuevos discursos que replacen los existentes. Los archivos que estamos creando en el HKW representan una manera de reformular lo que es Alemania, y que es extrapolable a otros países europeos.

Ahora en Alemania, la guerra de Ucrania lo domina todo, pero hay otras crisis que están pasando simultáneamente, como la crisis climática que pone en riesgo la vida de la humanidad sobre el planeta. Es una situación compleja pues tenemos que aportar una respuesta a los conflictos urgentes, pero no hay que olvidar las transformaciones profundas que se producen.

¿Cómo deben posicionarse las instituciones culturales frente a la extrema derecha?

MPB: No nos podemos cerrar a las personas que votan a la extrema dere-

cha. Tenemos que esforzarnos por que cambien de opinión al salir del museo. Hay una misión educativa del museo, de promoción de una cierta dimensión cosmopolita de la cultura moderna que está encarnada por los museos. Es la mejor herencia de la modernidad desde Kant y no pueden renunciar a esto sin convertirse en su propia caricatura. En estos últimos años, hemos visto en Europa Central polémicas con la creación de museos de historia que reconstruían de forma *kitsch* historias nacionales imaginadas al servicio de un discurso político. El museo no debería parecerse a esto, no hay neutralidad posible de los espacios de arte respecto a posiciones políticas que afirman su hostilidad a la universalidad de compartir las obras del espíritu humano.

Jean Cavaillès, filósofo francés y resistente, que murió fusilado porque hacía saltar trenes durante la Segunda Guerra Mundial, también era matemático y explicaba que las matemáticas son el discurso de lo universal y no se puede renunciar a las matemáticas. Un discurso que promueve la superioridad de una raza sobre las otras es en cierta forma intolerable para los matemáticos. De la misma manera que el museo, teniendo en cuenta su definición, es incompatible con una visión del mundo que jerarquiza y ordena las producciones del espíritu humano según criterios de raza o de género.

Los retos que la extrema derecha pone en juego sobre el tablero plantean un dilema: no hablar significa dejarles el campo libre, hablar es dar eco a tesis que ya están en el tablero. Ninguna opción es buena y al mismo tiempo todas lo son. Las cuestiones de migraciones son plenamente legítimas en un museo. Hace

unas semanas recibimos a la realizadora francesa Alice Diop, que tiene una obra magnífica sobre la memoria de la inmigración. A pesar de que la extrema derecha haya monopolizado el debate no nos vamos a vetar hablar del tema. Debemos desplegar nuestra indiferencia respecto a la manera como los enemigos de la cultura definen lo que tiene que ser cuestionado y lo que no.

JC: En estos momentos, los principios sobre los que están basados los museos y las instituciones culturales están siendo amenazados por el auge de la extrema derecha en diferentes países europeos y en nuestra misma casa. Nosotros hablamos de apertura, de libertad, de promiscuidad de mezcla, de cosmopolitismo. Estos principios están en las antípodas de lo que promulga la extrema derecha: “cerrar las sociedades y las fronteras, no viváis en libertad vivid con miedo, habla de pureza cultural e identitaria”. Tenemos una batalla política que hacer, defendiendo los principios que no solo son fundamentales para la supervivencia de los museos sino para la supervivencia de nuestros propios regímenes democráticos. En este sentido, lo que consideramos que es interesante es ofrecer un relato utópico alternativo. Es evidente que el auge de la extrema derecha refleja un problema de fondo que existe en Europa. No podemos hacer como si no existiera y contentarnos con hablar de estos principios tan teóricos y bien sonantes como: “No a la guerra, los principios democráticos, la libertad de expresión”, cuando la extrema derecha crece en Europa. Debemos ser conscientes que hay un relato atractivo para la población, que no compartimos, pero tenemos que trabajar para crear un horizonte de futuro alternativo, una utopía, una pulsión de deseo alternativa que cree



Participantes y público en el debate sobre “Las culturas del futuro” en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona (10 de marzo de 2022).

una esperanza de futuro. Nuestro trabajo en estos momentos es ser conscientes que estamos en una batalla política de fondo en que nuestras democracias están amenazadas. Tenemos que ligar la guerra de Ucrania con el auge de los movimientos de extrema derecha en nuestros países, esto no es una amenaza externa. Los museos, junto con los medios de comunicación y el sistema educativo debemos trabajar juntos para reforzar y resolver las fracturas sociales que conllevan a estas alternativas políticas que atentan contra la democracia. Hay muchas iniciativas en diferentes museos de Europa, como el CCCB, que estamos pasando del discurso teórico (debates académicos, sensibilización...) a arremangarnos, dar un paso más y hacer proyectos de trabajo comunitario, a recoser las heridas de nuestras sociedades fragmentadas, sociedades que surgen de conflictos muy profundos. Consideramos que la cultura también puede tener este rol de recoser las fracturas sociales, de trabajar

directamente con estos colectivos que se sienten prioritariamente interpelados por estas opciones políticas.

Quería destacar que el CCCB acaba de cerrar un proyecto con un colectivo de jóvenes inmigrantes no acompañados, conocidos como MENAS y que son las bestias negras del partido de extrema derecha Vox. Hemos acompañado junto con artistas catalanes durante unos meses a estos jóvenes que han convivido e imaginado un futuro posible, asimismo les hemos dado las herramientas para que entiendan que las instituciones culturales como el CCCB también les pertenecen y son accesibles para ellos. El papel que estamos haciendo es pasar más a la acción, haciendo que la cultura tenga un mayor compromiso social.

BS: Los partidos políticos de extrema derecha tienen éxito por la situación transitoria en la que nos encontramos, porque los marcos del siglo XX y XIX ya no funcionan y las personas están perdidas, no tienen puntos de referencia. Estas

personas y estos partidos políticos, Putin es un buen ejemplo de ello, nos hablan de una historia congelada, de un relato que nos remite al siglo XVIII-XIX, al pasado donde estos países no tenían tantos problemas y había poderes imperialistas. Dicho esto, creo que uno de los roles fundamentales de las instituciones culturales es enfrentar estos procesos de transformación, aportar respuestas que convengan para intentar hacer frente a estos temas y dejar claro, al mismo tiempo, que las soluciones de los partidos de la extrema derecha son demasiado simplistas.

En junio haremos una conferencia internacional sobre como la memoria histórica es secuestrada por los propios discursos políticos de la extrema derecha para sus objetivos, dando respuestas simples a problemas complejos. El reto es intentar aportar respuestas elaboradas a problemas complejos.

Los públicos de las instituciones culturales

La relación con el público ¿Qué puede hacer un museo para que su discurso no sea unidireccional?

JC: Nuestros públicos son activos y críticos. En el caso particular del CCCB, hace años que hemos creado un nuevo espacio de programación, que hemos llamado de mediación, para abrir las programaciones y puertas a la escucha permanente de nuestro entorno, entendiendo que no solo somos un espacio de prescripción que dice cuáles son los temas importantes, lo que tiene que pensar la gente o un espacio de divulgación del conocimiento ilustrado de los expertos. Hace tiempo que estamos en este trabajo en red, en una red muy densa de colaboradores donde estamos a la escucha permanente de lo que pre-

ocupa e interesa. El debate crítico sobre la institución creo que es muy importante incorporarlo dentro de la misma. Se han roto los muros del museo, las propias redes sociales e internet ha roto esta barrera entre el dentro y el fuera del museo, lo que nos obliga a tener siempre las puertas abiertas y hacer entrar al público no solo como espectador sino como protagonista activo en nuestras programaciones. Nuestros espacios son cada vez más porosos y queda difuminado quien está programando. Hay multiplicidad de vías por donde llegan las miradas críticas de nuestros públicos sobre con quien tenemos que hablar o dar voz en las programaciones que hacemos. Esto nos exige y nos hace ser autocríticos constantemente. Es parte de nuestro trabajo estar tensados respecto a la opinión de nuestros públicos.

BS: El reto que tenemos instituciones como las nuestras es implicar a todos los públicos posibles y que sean actores. No podemos llegar a miles de personas al mismo tiempo. Pero sí a grupos de la sociedad civil, un buen ejemplo es el archivo de refugiados del HKW. Hemos trabajado durante cuatro o cinco años en el archivo de los refugiados que llegaron a Alemania. No son únicamente 45 testimonios de refugiados, hemos representado a muchas comunidades, que han podido revisar el archivo que hemos creado. Esto también pasa en otros proyectos que trabajamos, implicamos a grupos no gubernamentales: activistas políticos, sociales y culturales. Hemos desarrollado proyectos y programas introduciendo esta parte de la sociedad civil y es una manera de hacer de la sociedad civil un actor real de nuestra programación.

MPB: Nos riñen constantemente en las redes sociales. El reto es no que no



sea paralizante. Es verdad que las redes sociales han cambiado profundamente la relación de las instituciones culturales con su público, han permitido a otros públicos expresarse, cosa que considero muy importante, y nos dan un retorno constante muy activo.

Uno de los roles de los centros culturales, museos, espacios de arte es salir del régimen ordinario del acuerdo o del desacuerdo. El grado cero del pensamiento es me gusta / no me gusta, según Roland Barthes. El rol del museo es ir más allá de esto. En el Centro Pompidou, hemos creado un Parlamento de las Obras, inspi-

rado en el concepto de Bruno Latour que quería crear un “parlamento de las cosas” para que los bosques, los ríos... puedan expresarse. La idea es que los cuadros, las esculturas puedan alegar en su favor a través de los espectadores. Proponemos una formación en elocuencia destinada a jóvenes. ¿Como podemos decir que nos gusta un cuadro más allá de “me gusta”? Se hacen abogados de los cuadros para articular un discurso crítico y positivo. El rol del museo también consiste en inventar protocolos, procesos nuevas formas de discursos para alimentar la crítica de otra manera.